

Verás el sol hermoso  
 Cual hoy vertiendo su esplendor divino,  
 Y á unirse volarán á tu plegaria,

Alegres y suaves  
 Los mismos cantos de las mismas aves  
 En la cruz de mi tumba solitaria.

En la tierra no existe la ventura,  
 Pero al rasgarse el velo  
 Que envuelve al hombre con su sombra oscura,  
 La eterna Omnipotencia  
 Le muestra al alma el anhelado cielo.  
 En la aurora inmortal de otra existencia  
 La luz encuentra que en su afan buscara;  
 Y á otra vida despierta deliciosa,  
 Cual si al fin de una noche tormentosa  
 De un agitado sueño despertara.

MANUEL ACUÑA.

Entonces y hoy.

Este era el cuadro que al romper la noche  
 Sus velos de Crespón,  
 Alumbró atravesando las ventanas  
 La tibia luz del sol:  
 Un techo que acababa de entreabrirse  
 Para que entrara Dios,  
 Una lámpara pálida y humeante  
 Brillando en un rincón,  
 Y entre las almas de los dos esposos,  
 Como un lazo de amor,  
 Una cuna de mimbres con un niño  
 Recien nacido. . . . *yo!*  
 Posadas sobre la áspera corniza  
 Todas de dos en dos;  
 Las golondrinas junto al pardo nido  
 Lanzaban su canción,  
 En tanto que á la puerta de sus jaulas  
 Temblando de dolor,

Mezclaban la torcaza y los zentzontlis  
 Sus trinos y su voz.  
 La madre selva alzando entre las rejas  
 Su tallo trepador,  
 Enlazaba sus ramas y sus hojas  
 En grata confusión,  
 Formando un cortinaje en el que había  
 Por cada hoja una flor,  
 En cada flor una gotita de agua,  
 Y en cada gota un sol,  
 Reflejo del dulcísimo de entónces  
 Y del doliente de hoy!  
 Mi madre, la que vive todavía  
 Puesto que vivo yo,  
 Me arrullaba en sus brazos suspirando  
 De dicha y de emoción,  
 Miéntras mi padre en el sencillo exceso  
 De su infinito amor,  
 Me daba las caricias que más tarde  
 La ausencia me robó,  
 Y que á la tumba en donde duerme ahora  
 A pagarle aún no voy! . . .  
 Forma querida del amante ensueño  
 Que embriagaba á los dos,  
 Yo era en aquel hogar y en aquel día  
 De encanto y bendición,  
 Para mi cuna blanca, un inocente,  
 Para el mundo un dolor,

Y para aquellos corazones buenos  
 Un tercer corazón! . . .  
 De aquellas horas vendecidas, hace  
 Veintitres años hoy . . .  
 Y de aquella mañana á esta mañana,  
 De aquel sol á este sol,  
 Mi hogar se ha retirado de mis ojos,  
 Se ha hundido mi ilusión,  
 Y la que tiene al cielo entre sus brazos,  
 La madre de mi amor,  
 Ni viene á despertarme en las mañanas  
 Ni está donde yo estoy!  
 Y en vano trato de que mi arpa rota  
 Module una canción,  
 Y en vano de que el llanto y sus sollozos  
 Dejen de ahogar mi voz . . .  
 Que sólo y frente á todos los recuerdos  
 De aquel tiempo que huyó,  
 Mi alma es un santuario en cuyas ruinas  
 Sin lámpara y sin Dios,  
 Evoco á la esperanza, y la esperanza  
 Penetra en su interior,  
 Como en el fondo de un sepulcro antiguo  
 Las miradas del sol . . .

\*

Bajo el cielo que extiende la existencia  
 De la cuna al panteón,

En cada corazón palpita un mundo,  
 Y en cada amor un sol. . . .  
 Bajo el cielo nublado de mi vida  
 Donde esa luz murió,  
 Qué hará este mundo de los sueños míos?  
 Qué hará mi corazón?

1872.

---

### La Felicidad.

---

Un cielo azul, dos estrellas  
 Brillando en la inmensidad;  
 Un pájaro enamorado  
 Cantando en el florestal;  
 Por ambiente los aromas  
 Del jazmín y el azahar;  
 Junto á nosotros el agua  
 Brotando del manantial;  
 Nuestros corazones cerca  
 Nuestros labios mucho más,  
 Tú levantándote al cielo  
 Y yo siguiéndote allá,

Ese es el amor, mi vida,  
 ¡Esa es la felicidad! . . .

Cruzar con las mismas alas  
 Los mundos de lo ideal;  
 Apurar todos los goces,  
 Y todo el bien apurar;  
 De los sueños y la dicha  
 Volver á la realidad,  
 Despertando entre las flores  
 De un césped primaveral;  
 Los dos mirándonos mucho,  
 Los dos besándonos más,  
 Ese es el amor, mi vida,  
 ¡Esa es la felicidad!

---

## La vida del campo.

Beatus ille qui procul negotiis.....

HORACIO.

Yo no sé si el señor Horacio Flaco  
 Fué quien se alzó el primero,  
 Echando á noramala la cultura  
 Y hablando de la dicha y la ventura  
 Que se goza viviendo á lo rancho;  
 Yo no sé si el buen bate poseería  
 Quinta ó hacienda ó lo que allá se estile,  
 Ni si viviendo en ella se hallaría  
 Cuando dió en escribir su *Beatus ille*;  
 Pero el hecho y el caso  
 Es que desde él á Rosas,  
 Sin contar á Fray Luis y á Garcilaso,  
 No hay poeta que no hable á cada paso  
 De la vida del campo y de sus cosas;  
 Y tanto de magnífico y de bueno  
 Nos dicen de esa vida,  
 Y tanto nos repiten *la escondida*

*Senda y la fruta del cercado ajeno,*  
 Que ganas dan de veras  
 De comprar unas buenas chaparreras,  
 De abandonar el fieltro por el ancho,  
 El bastón por la reata,  
 Y adios diciendo á la ciudad ingrata,  
 A caballo ó á pié lanzarse á un rancho.

Y como esos señores  
 Saben decirlo y presentarlo todo  
 Con ese *meomodeodo*  
 Exclusivo á los buenos escritores,  
 De aquí resulta en consecuencia clara,  
 Que ante cuadros tan bellos y felices,  
 Más de cuatro lectores  
 Se quedan con un palmo de narices  
 Y soñando en rediles y pastores.

De estos cuatro entusiastas, el que ménos  
 Es seguro que exclama:  
 "Oh! la vida del campo! Cuán hermoso  
 Debe de ser en la abrasada siesta  
 Gozar de la frescura y del reposo,  
 Cabe la márgen del riachuelo undoso  
 Que corre serpenteando en la floresta."  
 O bien si se halla cerca la señora  
 Con la que piensa dar en el *butilis*,  
 Y que tiene por fuerza que ser Filis

Desde el momento en que entre á labradora,  
 Le dirá: "Por la tarde, Filis mia,  
 Nos iremos al monte, y desde el monte  
 Verás cuán grato es al morir el día  
 El cuadro que presenta el horizonte."  
 Y esto, que ciertamente  
 És de una grande y poética belleza,  
 Le parece al *señor* tan convincente,  
 Que sin andarse *en chicas*  
 Ni pensarlo primero,  
 Se mete de rancharo en la confianza  
 De que el dolor no puede ser rancharo.

Ah! si yo refiriera una por una  
 Las víctimas que debe  
 Este error que en el siglo diez y nueve  
 Va haciéndose tan raro por fortunal  
 Sin caminar más léjos,  
 Yo que conmigo aún no me reconcilio  
 Por haberme buscado esa desgracia,  
 Yo soy el más completo verbi-gracia  
 De un mártir de su amor por el idilio.  
 Díome hace tiempo ya por la manía  
 De leer y releer cuanto á mis manos  
 Sobre la vida pastoril caía,  
 Y tanto dí en pensar de noche y día  
 Sobre los bienes rústicos y urbanos,  
 Que convencido al fin de que la corte

Sólo es del mal y del dolor la senda,  
 Exclamé: que el demonio te soporte. . . .!  
 Y después de pedir mi pasaporte  
 Me puse en dirección para una hacienda.

Aún no asomaba el rubicundo Febo  
 Poniendo al universo como nuevo,  
 Y el saltador y alegre jilguerillo  
 Aún no alzaba su canto entre las breñas,  
 Cuando yo y mi tordillo,  
 Un animal muy bruto por más señas,  
 Atravesando cerros y asustando  
 Aquí á un conejo y más allá á una liebre,  
 Ibamos ya en vereda y caminando  
 Yo en busca de un hogar y él de un pesebre.

Después de una hora larga  
 De correr y correr á la ventura,  
 A despecho y pesar de mi andadura  
 Que protestaba ya contra la carga,  
 Más que pesada, dura,  
 Y más que dura y que pesada, amarga,  
 Pues era nada menos mi amargura;  
 Después de una hora impía  
 De correr y de andar inútilmente,  
 Sin poder distinguir ni aún vagamente  
 Las señales de alguna rancharía,  
 Dímos por fin con una

Donde cansados ya de correr tanto,  
Mi animal se alzó y dijo: *qué fortuna!*  
Y yo me bajé y dije: *aquí me planto!*

Hacerlo, y que tres perros  
Se me echaran encima, fué todo uno;  
Pero á la voz de alarma  
Salieron de la choza unos pastores,  
Y cogiendo unas piedras, que son la arma  
De que se valen siempre esos señores,  
A su sóla presencia fué acabando  
Del canino furor hasta el residuo,  
Y yo pude por fin en eco blando  
Cantar la instalación de mi individuo!

—¡Oh habitantes felices  
De esta comarca rústica y tranquila...!—  
Les dije yo tan luego  
Que ví á los canes en lugar seguro;  
—Yo vengo aquí trás del feliz sociego  
Que en la alma del labriego  
Derrama este aire embalsamado y puro,  
Cansado de la vida  
Que se lleva en la corte aborrecida;  
Yo vengo con el mal que me destroza  
Y que gimiendo mi zampoña exhala,  
A que me deis un sitio en vuestra choza,  
Media torta de pan... y una zagala.—

Así fué, sobre poco más ó menos,  
El pequeño y tristísimo discurso  
Que improvisé al mirarme entre el concurso  
De aquellos hombres rústicos y buenos;  
Y media hora despues, una pastora,  
No Flérida ni Armiuda,  
Pero, eso sí, tan linda  
Que casi era una chica encantadora,  
Se presentó á mi vista completando  
Con un trozo de pan que me traía  
Las tres cosas aquellas  
Y haciéndome gozar con todas ellas,  
De modo que yo dije: *aquí es la mta!*  
Nunca lo hubiera dicho,  
O por mejor decir no lo hubiera hecho,  
Pues apenas sintió ella sobre su hombro  
Un beso que le di en mi desvarío,  
Cuando con triste asombro,  
Cayó de mi ilusión sobre el escombro  
Un bofetón de Dios y Señor mío...!

Después de que comí aquel pan amargo  
Al que hizo más amargo este detalle,  
De mi fé y de mis creencias en descargo  
Pronuncié suspirando un *sin embargo*,  
Y me puse en camino para el valle...!  
Allí, pensaba yo, miéntras seguía  
El mejor y más cómodo sendero,

Allí bajo de un olmo  
 Encontraré un consuelo en mi tristeza,  
 Ya que la pérfida esa  
 A mi pena y dolor ha puesto cólmo.  
 Bajo sus verdes y brillantes hojas  
 Iré á llorar la pena que me mata;  
 Y si la muy ingrata  
 Va á reirse aún allí de mis congojas,  
 Pues que en mi tierno y ardoroso ahinco  
 Ni una sonrisa de su amor merezco,  
 O le hago comprender lo que padezco,  
 O le hago comprender *cuántas son cinco!*

Pero, señor, en el bendito valle,  
 Como en la alma de un poeta de veinte años,  
 Todo estaba tan seco y tan marchito  
 Como ella á los primeros desengaños,  
 Los árboles sin ramas y sin hojas,  
 La yerba macilenta y amarilla,  
 Y en medio de este cuadro y á lo léjos,  
 Un arroyo estancado á cuya orilla  
 Rumiaban con afán dos toros viejos;  
 Ante tal panorama,  
 Yo que soñaba coronar mi frente  
 Con las flores cogidas á una rama  
 De las verdes y muchas de la fuente;  
 Yo que soñaba en recrear mi oído  
 Con la canción dulcísima y sabrosa

Del tordo filarmónico escondido  
 Cabe las ramas de la selva umbrosa,  
 Me senté sobre el tronco de un encino  
 Y me puse á llorar con tantas gauas,  
 Que los cielos al verme y al oirme  
 Llorar con un dolor tan verdadero,  
 Empezaron tambien recio y de firme  
 A gemir y á llorar un aguacero,

Ay! cómo, y cómo entónces  
 Extrañé los *simones* de la plaza,  
 Y cómo fué aquel líquido elemento  
 Que entraba hasta mis huesos poco á poco,  
 El mejor y más sólido argumento  
 Para obligarme á ver que estaba loco.  
 Cuando llegué á la choza, las estrellas  
 Brillaban ya en el éter indeciso,  
 Y en derredor del fuego  
 Que alumbraba muy poco ciertamente,  
 Me hallé con que á la ley de un uso añejo,  
 Pero para ellos bueno y necesario,  
 Bajo la voz de un viejo, un pecco viejo,  
 Rezaban todos juntos el rosario.  
 Esto sí no es conmigo,  
 Me dije yo al primer *Santa Marta*,  
 Viendo que no era aquella la más propia  
 Ocasión de salvarme del infierno,  
 Y encontrando en la fé que mi alma acopia,

Que aquella copia era muy mala copia  
 Para darle el valor de un Padre Eterno!  
 Y como el sueño, gente que no reza,  
 Me estaba ya doblando la cabeza  
 Y yo empezaba ya á sentir en mi alma  
 Sus primeras y dulces vaguedades,  
 Me decidí á dormir en santa calma  
 Para acabar con tantas necedades. . . .

—El sueño por lo menos  
 Me hará gozar de la ilusión que ansío,—  
 Pensaba yo temblando  
 Y estremecido todo por el frío!  
 —Y como ellos me han puesto en este brete  
 Que peor no puede ser según barrunto,  
 Evocaré á Fray Luis y á Navarrete  
 Y les diré lo que hay sobre el asunto. . . .!—

Y me dormí. . . . pero una santa gota  
 Que cayendo del techo  
 Con una precisión constante y rara,  
 Bajaba desde el techo hasta la cara  
 Para seguir después por todo el pecho,  
 Me obligó á despertar en el instante  
 En que soñaba yo, lleno de galas,  
 Bailar bajo la luz de un sol brillante  
 Entre un grupo magnífico y radiante  
 De blancas y bellísimas zagalas.

Ah! y lo que ronan esas buenas gentes  
 Que á los más fuertes árboles destroncan,  
 Y que hacen tanto ruido con los dientes  
 Que parece mentira lo que ronan!  
 Nunca me hubiera yo ni sospechado  
 Ver por aquellos mundos,  
 Reunidos y durmiendo lado á lado  
 Tantos *bajos profundos*. . . . .  
 Así es que hallando aquello peor que el rezo,  
 Pues era una calumnia contra el arte,  
 Le dí gracias á Dios; y despues de eso,  
*Me largué con la música á otra parte.*

Metido en un trigal y decidido  
 A terminar con él lo que era fácil  
 No estando muy crecido,  
 Me encontré al animal de mi caballo  
 Tan dado y atareado en su faena,  
 Que á no ser por un medio  
 Muy usado y común entre animales,  
 Probablemente no hallo otro remedio  
 De sacarlo de aquellos andurriales.

Y aún no asomaba iluminando al mundo  
 La dulce claridad del rubicundo,  
 Y la pastora aquella  
 Aún no se alzaba á ver la última estrella,  
 Cuando cansado ya de ser tan lóco

Y de soñar en lo que ya no pasa,  
 Rompí de mi ilusión las dulces redes  
 Y me volví á la corte y á mi casa,  
 Donde estoy á las órdenes de ustedes.

1873.

JUAN DE DIOS VILLALON.

—  
 Paraiso Perdido.  
 —

A.....

Breves las horas fueron de ventura  
 Que de la infancia en la mañana breve  
 Gocé á tu lado, angelical criatura:  
 Tiempo feliz que á recordar se atreve  
 Con pena el alma que la hiel apura,  
 La amarga hiel del desengaño aleve;  
 Tiempo de amor que miétras más se aleja  
 Más en el alma su fulgor refleja.

¿Recuerdas, Julia, los hermosos días  
 En que con inocente y dulce anhelo  
 Del bosque en la espesura te perdías,  
 Siguiendo de los pájaros el vuelo;  
 Y á la fuente corriendo te venías  
 Y exenta de inquietud y de recelo

003485

En mis brazos te hechabas candorosa  
Y yo inocente te abrazaba, hermosa?

¿Recuerdas cuando, en bella primavera  
Que ostentaba las galas de la Flora,  
Recorrías conmigo la pradera,  
Ora tejiendo una guirnalda, ora  
Agil saltando, airosa y placentera,  
En pos de mariposa vagadora?  
¡Cuánto de magia en tu candor había;  
Y cuánto, sin saberlo, te quería!

Cuántas veces en dulce arrobamiento,  
Contemplando el lucero vespertino  
Que subía grandioso al firmamento,  
La negra noche á sorprendernos vino:  
Entónces por un vago sentimiento  
Sobrecogidos de terror divino,  
Alzando nuestras almas al Eterno  
Mudos volvimos al hogar paterno.

Y Otras veces, al rayo plateado  
De la luna, pasábamos las horas  
Oyendo con afán interesado  
Los cuentos de las ayas celadoras,  
En que había algún príncipe encantado  
Y algún harem, mansión de lindas moras,  
Y en que, apólogo haciendo la quimera,  
Tú la sultana, el príncipe yo era.

Edad feliz de cándida inocencia  
En que era el mundo nuestro Edén florido:  
Edad de perennal reminiscencia  
En que adorando un Dios de otros temido,  
Sin cononocer del mal la torpe ciencia,  
Era nuestro vivir placer cumplido.  
¿Por qué no quiso la contraria suerte  
Legarnos ¡ay! entónces á la muerte?

La tierra entónces nos brindaba flores,  
El cielo luz, naturaleza encanto,  
Del bosque los alados moradores  
Suave armonía con su vario canto,  
Y la noche de mágicos sopores  
Bellos ensueños de oro y amaranto:  
Todo era gloria y celestial hechizo  
De la infancia en el santo paraíso.

Pero un instante fué ¡reprobo instante,  
De nuestras dichas el abismo eterno!  
¿Te acuerdas, Julia mía? delirante  
Deposité en tu lábio un beso tierno. . . .  
Más tú encendido el rostro, vacilante,  
Me rechazaste; y, fuego del averno  
Sintiendo yo en el pecho destrozado,  
De tí me separé ruborizado.

.....

¿Por qué desde ese día si te encuentro  
 Tengo miedo de tí, de tí que aun' hora  
 Eres de mi afección el grato centro?  
 ¿Por qué mi alma en el silencio llora  
 Y siento acá del corazón adentro  
 Desconocido ardor que me devora?  
 Y por qué tú también, niña adorada,  
 Inconsolable estás y desolada?

.....

¡Ay! porque, ya caduca, la era hermosa  
 De nuestra infancia en pubertad tornóse  
 Como el tierno boton se torna en rosa:  
 En nuestro sér natura revelóse,  
 Y aquella voz oyendo pavorosa  
 Que en el terrestre Paraíso oyóse,  
 Como Eva y Adan desventurados  
 De nuestro Edén salimos desterrados.

---

**RAFAEL LOPEZ DE MENDOZA.**

Á LA INAUGURACIÓN  
 DE LA  
**Biblioteca Nacional.**

(Dedicada á mi buen amigo el Sr. Lic. Joaquin Baranda.)

—  
**ODA.**

Ayer en este sitio se escuchaban  
 Las preces del creyente,  
 Que ante el altar postrándose de hinojos  
 E inclinando la frente  
 Hasta posarla humilde por el suelo,  
 Buscaba de sus penas el consuelo  
 Más allá de la tierra, en lo infinito  
 Que su mirar no alcanza,

En la ignota región do reverbera  
 Esa luz placentera  
 Que han llamado los hombres esperanza.

Aquí el anciano que la edad abate,  
 Vino á llorar sus yerros juveniles;  
 El guerrero al partir para el combate,  
 Acudió con fé ruda,  
 A implorar reverente  
 En este templo, de su Dios la ayuda;  
 Y la vírgen gentil, cuyos amores  
 Cual delicadas flores  
 El desengaño marchitó inclemente,  
 Aquí vertió su llanto,  
 Primicias dolorosas del quebranto.

Bajo estas ámplias bóvedas sonaban  
 Los acordes del órgano sonoro,  
 Y el imponente coro  
 Que los austeros monjes entonaban  
 Al Dios del Cristianismo;  
 Rugió la tempestad y al poderoso  
 Empuje de su brío,  
 Derribando por tierra el fanatismo,  
 Trocó el altar del Dios de la clemencia  
 En templo del estudio y de la ciencia.

De Guttenberg el arte prodigioso,  
 Sacando cuidadoso

Del peder de un magnate  
 El manuscrito de la antigua historia,  
 A la luz de la gloria  
 Produjo el libro, inauguró la prensa,  
 Y el saber difundiendo por doquiera,  
 En profusión inmensa,  
 Abrió á la humanidad la nueva era  
 De ciencia y de progreso,  
 Rasgó de la ignorancia el denso velo  
 Con la instrucción que el pueblo recibía,  
 Combatió el retroceso,  
 Y el mundo contempló con alegría  
 En el azul del cielo,  
 La poderosa llama  
 Que al calor del estudio se dilata,  
 Y convertida en faro refulgente,  
 O en espléndida estrella,  
 Derrama su luz bella  
 Como fresco rocío sobre su frente.

La ciencia que ocultaba cuidadoso  
 El sacerdote egipcio en el santuario,  
 Que luego el poderoso  
 Pudo adquirir la derramando el oro,  
 Hoy al alcance está del proletario  
 Que ama la ilustración,  
 Suya es la ciencia,  
 Suyas también las artes liberales

Que hablan al corazón, y ese tesoro  
 Que mitiga sus males  
 Y hacen desarrollar su inteligencia,  
 Lo adquiere fácilmente  
 Aquí, donde se alzaba  
 La plegaria devota del ereyente.

Ya resonarán en estas naves  
 Los salmos de David, ni el miserere!  
 Dirigidos á Dios, sus notas graves  
 Cuyo eco repitieron,  
 De este recinto para siempre hulleron:  
 Más no queda sin culto este santuario,  
 Ni se niega homenaje  
 Al abnegado mártir del Calvario:  
 Que el hombre, al cultivar su inteligencia  
 Emanación de Dios, con fé sencilla  
 Su espíritu elevando al infinito,  
 Implora su clemencia  
 Para hallar la verdad tan anhelada,  
 Y hacer que fructifique la semilla  
 Que en su cerebro ardiente  
 Depositó la mano omnipotente.

Sublime aspiración que le levante  
 Del polvo de la tierra;  
 Meteoro que abrillanta  
 De su imaginación las ilusiones!

Con la luz de la idea,  
 Que como sol magnífico, en Oriente  
 Sus rayos centellea;  
 Faro que el rumbo de su nave guía  
 En el mar proceloso de este mundo,  
 Manantial de poesía  
 Que derrama á torrentes  
 Placenteras y gratas emociones  
 En torno de su mente;  
 Fuerza secreta que su cuerpo anima  
 Espíritu del bien, gérmen fecundo  
 Que de los astros flota por encima:  
 Aquí la senda está! Junto á ese muro  
 Que la mano del tiempo ha respetado  
 Y el hombre ha decorado  
 Del arte con la espléndida belleza:  
 Allí está donde empieza  
 De las ciencias el árido camino.  
 Cada página guarda algún secreto;  
 Abridlas sin temor, vuestro destino  
 Es ir siempre adelante,  
 Y guiarán vuestro paso vacilante  
 Las doctrinas que en ellas imprimieron,  
 Los muchos sábios que en el mundo fueron.

No es el valor la fuerza prepotente  
 Que eleva á las naciones  
 De gloria á las espléndidas regiones,

Sino la ilustración y el adelanto:  
 Cubrid con ese manto  
 Los hombros de la patria tan amada,  
 Brille sobre su frente  
 Del sábio la diadema,  
 Para que sea del mundo respetado,  
 Y á la luz de la gloria,  
 Del adelanto intelectual emblema  
 Será su pabellon ante la historia.

---

JUAN A. MATEOS.  
 ———  
 LA MUJER PERDIDA.  
 ———

Bella naciste, cual brillante estrella  
 Trás el celaje de ópalo y de rosa,  
 Y el mundo dijo al contemplarte bella:  
 —Ay! infeliz de la que nace hermosa!—

---

Hermosa y sin rival. . . nívea tu frente,  
 Escultural tu lánguida cabeza,  
 Y tu seno de espuma trasparente  
 El cáliz virginal de la pureza.

---

El ángel de la luz, desde la cuna  
 Encendió tu mirada, y sus destellos  
 Fulgores eran de la casta luna,  
 Y una profusa sombra tus cabellos.

---

El granate en tus lábios, y tus dientes  
 Marfil bruñido que constante brilla,  
 Y besando los céfiros y ambientes  
 En las hojas de flor de tu mejilla!.....

---

Te ciñeron la frenre de azahares,  
 Y veneraba tu virtud el mundo;  
 Te levantaron en tu hogar altares,  
 Hijos y esposo, con amor profundo.....!

---

Idolo fuiste en el altar inmenso  
 De cariño y lealtad, hoy derribado,  
 Y fueron para tí nubes de incienso  
 En el cielo brillante del pasado!  
 .....  
 .....

Te empujó el vendabal!... y rota el ala,  
 El ave herida se arrastró en el cieno;  
 Y la burbuja que al quebrarse exhala  
 Fétidos miásmas, esparció el veneno.

---

Te empujó el vendabal!... dejaste el ara!  
 En tanto el ángel de la dicha huía  
 Al escuchar la báquica algazara  
 Y el espantoso grito de la orgía.

---

La atrevida mirada del cinismo  
 Quemó las hojas de la flor marchíta,  
 Y resbalaste por el hondo abismo,  
 De infamia y crimen en la red maldíta....!

---

Y que va á ser de tí, cuando el profundo  
 Vértigo del placer huye inclemente,  
 Y airada llegue la irrisión del mundo  
 ¡Ay! á escupir en tu manchada frente?.....

---

Y qué vá á ser de tí, si tropezando  
 Vas de tu crimen por la rota valla,  
 Y tu rostro de lodo salpicado,  
 En el fango ruín de la canalla?.....

---

La mano delicada que algún día  
 Aprisionaba el perfumado guante,  
 Limosna pedirá! ¡Cuánta ironía  
 De los que pasan de tu faz delantel

---

¡Juguete vil de la miseria humana,  
 Sin lecho y sin hogar vagando lóca,  
 Te encontrará la luz de la mañana  
 Secos los ojos, árida la boca!

---

Horrible!.. horrible!.. y con los ojos fijos  
 En ese mundo por tu afan hollado,  
 Buscarás á tu esposo y á tus hijos,  
 En el piélagos oscuro del pasado.

---

Y los niños al seno de su padre  
 Orando sin cesar por la que ha muerto;  
 Y tú, ni esposa, ni mujer, ni madre;  
 Ya todo es para tí sombra y desierto!.....

---

Al negro eclipse de tu horrible suerte  
 Y ya al rendir de la final jornada,  
 Último lecho te dará la muerte,  
 Del hospital la plancha ensangrentada!

---

Y la autopsia despues! ¡hado inhumano!  
 Allí la ciencia que el pudor ultraja,  
 Arrancará con atrevida mano  
 El último girón de tu mortaja!

---

Y abrirán tu cerebro que fué nido  
 De ilusiones de amor y de inocencia,  
 Y el cuajaron de sangre ennegrecido,  
 El símbolo será de tu conciencia.

---

La crispada madeja de tu pelo  
 Resbalará por tus tendidos brazos,  
 Y rodará por el manchado suelo  
 Tu pobre corazón, roto en pedazos.

---

Del *anfiteatro* entre la sombra oscura  
 La noche pasarás; ni una bujía,  
 Ni un corazón que vele con ternura  
 Mientras que llegue el resplandor del día!...

---

¡Ay! profanando tus despojos yertos,  
 Miserables girones de la vida,  
 En el monton hediondo de los muertos  
 Irás en la carreta confundida!

---

Y en la fosa común ¡ay! arrojado  
 Del panteón entre la inmunda escoria,  
 Quedará tu cadáver mutilado,  
 Sin epitafio, nombre, ni memoria!...

---

¡Al mirar realizada una sentencia,  
 Rayo postrero que el destino lanza,  
 Preguntan corazón, alma y conciencia,  
 Si es *justicia* de Dios, ó fué *venganza*!

México, Julio 8 de 1883.

DIEGO BENCOMO.  
 FLORES DEL ALMA.

A.....

(NOCTURNO.)

De las sombras los génius luctuosos  
 Al batir sus fatídicas alas,  
 Las etéreas espléndidas salas  
 Del espacio cubriendo ván ya.  
 En los huertos floridos detiene  
 Quejumbrosa la tórtola el vuelo  
 Y se posa con férvido anhelo  
 En su nido, reposo á buscar.

Y entre nubes oscuras que ruedan  
 Cual fantasmas de sueño espantoso,  
 No queriendo turbar el reposo  
 Va la luna escondiendo su faz.

Y dobladas las flores se mecen  
 Del silencio al tranquilo embeleso,  
 Y se aduermen al húmedo beso  
 Que las auras nocturnas les dán.

Ya no asoman los claros luceros  
 Con sus rayos que tiemblan brillantes,  
 Que semejan pequeños diamantes  
 Desprendidos del trono de Dios.  
 Nada turba la paz de la noche,  
 Todo yace en silencio profundo,  
 Y los séres que pueblan el mundo  
 Todos gozan del sueño el sopor.

Sólo yo, que olvidarte no puedo,  
 Estoy, niña, al umbral de tus rejas,  
 Pretendiendo que escuches las quejas  
 Que aquí exhalo de mi arpa al compás.  
 Si esperanzas supiste inspirarme  
 Con tus gracias y tiernas miradas,  
 ¿Por qué, hermosa de mí no te apiadas.....?  
 ¡No pretendas mi dicha eclipsar!

Cual se alegran los campos marchitos  
 Y revive la mística pradera

Al llegar la feliz primavera  
 Que de flores esmalta el vergel,  
 Así puedes curar al instante  
 Con tu amor de mi pecho la herida,  
 Y mi yerta ilusión, revestida  
 De otras galas verás renacer.....

---

Para darte no tengo diademas  
 Guarnecidas de rica esmeralda,  
 Y ni puedo prenderte á la espalda  
 Aureo manto de régio tisú;  
 Pero en cambio de joyas te ofrezco  
 Amor puro que nadie te ha dado,  
 Pues los hombres que amor te han jurado  
 No adoraron en tí la virtud.

---

¡De esos hombres! reptiles inmundos  
 Que arrastrarse á tus plantas miraste,  
 Las promesas al fin desechaste  
 Porque fueron mentiras no más.  
 Tú palpaste que no pueden nunca  
 Comprender tus sensibles caricias,  
 Ni ese mundo de ideales delicias  
 Que revela tu ardiente mirar.

---

De inefables deliquios y encantos  
 Son tus ojos divinos emblema,  
 Tu mirada me inspira un poema  
 Que comprendo y quisiera cantar;  
 Pero ¿cómo cantara la lira  
 Lo que apenas el alma comprende?  
 El espíritu en vano pretende  
 Descifrar lo sublime, lo ideal!

---

No es delirio febril de mi mente  
 El cariño que yo te profeso,  
 Ni es tampoco pueril embeleso  
 De fugáz, pasagera ilusión.  
 Yo en mis trobas remedo el murmullo  
 De las brisas que mecen la palma;  
 Mis cantares son flores del alma;  
 Y es el néctar que guardan, tu amor.

---

Los minutos, las horas, los días  
 Que yo paso sin verte un momento,  
 Son ¡ay! siglos de crudo tormento  
 Que más hacen crecer mi pasión.  
 Mientras menos contemplo tus gracias,  
 Tus hechizos y encanto sublime,  
 Se impacienta mi pecho y se oprime  
 Suspirando entusiasta de amor.

---

Estrecharte en mis brazos quisiera  
 En mi lóca ansiedad de poeta,  
 Y subir de planeta en planeta  
 A la excelsa mansión de Jehová;  
 Y allí entónces rogarle de hinojos,  
 Miéntras tú desmayada en mis brazos,  
 Que propicio bendiga los lazos  
 Del amor que me quieres negar.

---

Francisco Sosa,

---

MARIA.

---

A MI QUERIDO AMIGO PEDRO CASTERA.

---

Existe un sér á cuya voz divina  
 Palpita el corazón estremecido,  
 Cuya mirada angelical fascina,  
 De faz de querubín, de talle erguido;  
 Hechicera ella es y peregrina  
 Como la diosa del Edén perdido;  
 Mas dulce que el rumor que entre las flores  
 Forma el aura al robarles sus olores.

Tan hermosa ella es cual la que asoma  
 En noche clara, misteriosa luna,  
 Y en su mirar de cándida paloma  
 Hay un augurio de feliz fortuna;  
 Allí en su lábio el delicado aroma  
 Y el tinte de la flor, cual nadie aduna